

curso de su destino, comparable sólo al cristianismo y superior a la Revolución francesa.

La actitud de don Enrique Molina frente a la vida es de absoluta serenidad; la sofrosine de los griegos ha penetrado en su espíritu identificándose con su propia vida. Actitud apolínea la suya, que rechaza el sentido trágico, donisíaco de la existencia. De ahí que Nietzsche le merezca una cálida refutación, y en el otro extremo, idéntica actitud al refutar las doctrinas de Rousseau.

Acaso se pensara por las numerosas citas de filósofos que hace el señor Molina que su libro careciere de originalidad. Más el contenido esencial que se desprende de sus páginas como efluvio inasible, es de su concepción exclusiva.

Escrito con sobrio y a veces elegante lenguaje filosófico, este libro de don Enrique Molina es la más auténtica expresión de su espíritu, porque en él encontramos todas sus búsquedas y experiencias a través de los libros y la vida.—MILTON ROSSEL.



PAPINI Y SU NUEVA OBRA: «La Historia de la Literatura Italiana», por *Arturo Farinelli*.

Cada obra de Papini es siempre una fuente de gozos por la vivacidad y la agudeza del espíritu originalísimo que en ellas se manifiesta, y al mismo tiempo motivo de irritación por las rarezas y audacias reunidas en los libros para sorprendernos, para lanzar a la guerra a los sabios y a los pedantes. Ataca lo común, lo tradicional y cuanto sabe que es uso, moda o convención. Ahora, aguerrido de lecturas, publica en los caracteres fuertes de su editor florentino el primer volumen de una «Historia de la Literatura Italiana» que arroja al público con su acostumbrada violencia, y debería aturdirlo, por lo audaz que se revela para amaestrar, transformar, enriquecer

y elevar las almas. Y, como derrumbaba Sansón las columnas del templo sagrado, sacude Papini con hercúleo impulso el edificio construido por todos los pacientísimos historiadores de las letras de Italia del siglo XIX en adelante, para hacer campear la obra propia, imaginada, con otra estructura y otra substancia.

¿Historia? En realidad no sabemos qué es lo que se propone con ese bautismo, que debiera caracterizar a la quintaesencia de la obra de los escritores y poetas elegidos que reúne. Falta por completo un pensamiento que domine, ordene y aclare la investigación del arte de sus representados, un nexo filosófico que enlace todo al desentrañar y comprender y juzgar desde un elevado observatorio. Sólo De Sanctis nos daba esa historia, y es un sacrilegio de Papini vituperarlo como lo hace, hasta enardecerse por muchos de sus pensamientos y de sus ideas, mucho más vigorosas que las de él. Los golpes que asesta al crítico genial que nadie, jamás, aún fuera de Italia, logró superar, mi amigo debió haberlos dirigido contra sí mismo. Debía aclarar y definir la naturaleza de la «Historia» que faltaba al pueblo de Italia, y no colocarse tan beatíficamente en un plano superior y rechinar ásperamente contra los excluidos del templo o que luchan sin esperanza ante sus inviolables muros. ¿Historia—una colección de ensayos sobre los autores que más lo conmueven y más le agradan y que mejor se adaptan a las agresiones galantes de los doctores y exploradores mediocres; la selección querida de los «protagonistas legítimos», tales como se presentan a su mente muy perspicaz; el examen, aunque sea penetrante, nuevo, apasionado, audaz, vivísimo, de las obras que él considera «más perfectas y famosas», que excluye cualquier consideración sobre otras mil y mil obras, que a su parecer no merecen nombrarse, lanzadas a los profundos abismos del olvido, olvido asociado al desprecio? En las páginas de introducción a la obra, que yo quisiera ver borradas y suprimidas para honra del artista genial de quien siempre fui

paladín, puede leerse, con una sonrisa, la acusación contra quien relacione sus cuadros con las tenues e insignificantes líneas de acuerdo. ¿Bastará la acusación, acaso, para cubrir la absoluta impotencia propia de idear acuerdos más sólidos, siquiera sea la sombra de un acuerdo? ¿Y elegísteis, querido Papini, a la Divina Providencia como único campeón de la reunión de los elegidos, héroes y superhombres, que figuran en ésta vuestra «historia» o alineación de poetas, o medallones plutarquescos de grandes hombres?

Y por «literatura», ¿qué entendéis? Suponemos que la ciencia de escribir bien, y de expresarse bien, con claridad y conveniencia y luz y vigor de poesía, el arte de la palabra, algo que se asemeja a la «Retórica» de Ser Brunello, que Papini recuerda: «la ciencia del bien decir... aquella ciencia por la cual sabremos decir y dictar con elegancia». Artista él mismo, y de los mejores de que Italia hoy se vanagloria, el dios Papini concede únicamente a los artista la beatitud de su cielo. El pensamiento no importa. Considero, por ejemplo, poesía altísima a la especulación sumamente original de Vico: no agrada la escritura del filósofo, menos perfecta que la expresión en rimas de un Cecco Angioleri, y se decreta su exclusión del templo literario papiniano. Enemigo acérrimo de lo tradicional, ignoro por qué secreto rencor Papini acoge la tradición de un De Sanctis que ignoraba el escribir bien, y se apoya en Carducci y d'Annunzio, que riñeron con lo histórico tan vigorosamente. Es gran ventura que escribiese tan mal la no superada guía de los espíritus. Definidme, oh, fénix de los escritores, el mal estilo de que abomináis, el estilo que se desprende del pensamiento, de la esencia espiritual más íntima. Y, si no os obstináis en la miopía y ceguera, veréis fuertes y robustos a los que condenáis por flacos y desalojaréis de vuestra mente el prejuicio insano.

Es notable que la acusación parta de un magnífico y en verdad inimitable virtuoso del idioma, tal como se revela Pa-



pini en esta obra también, tan soberbiamente aderezado, tan cristalino y límpido, tajante en las expresiones cual si su pluma fuese hoja de cuchillo; natural y sencillo, a pesar de tanta fuerza persuasiva, de una energía que funde en un juicio alma y palabra voluptuosamente dirigido al placer de buscar modos y expresiones explosivas del encendido sentimiento que él usa y desearía en los otros. Los otros aburren y martirizan con frases estudiadas y escogidas, él vivifica y enciende con su llana palabra, que es, de pronto, un don, una revelación.

Sentencia a veces con acritud; nos rebelamos por su juicio; no obstante, convence hasta cuando repugna. El mago está a nuestro lado; nos seduce y nos encanta. Pensad que es él, además, un héroe de su propia «historia», digno de la galería que abre al público, que no es ignorante y sabe los misterios y los encantos de la poesía, y crea él mismo, en esa actitud suya de dar juicios cariñosos o desdeñosos. Verdaderamente, está elevado sobre la tumba de los mediocres y puede imaginarse dominando la amplia grey de los que hacen y preparan los manuales y administran la doctrina clásica. La vida le importa y a la vida provee, no a la pesadez de un plúmbeo saber encastillado. Y en las venas le corre espontáneo el flúido del arte, rebelde a la disciplina del rígido histórico que a ratos se impone para dilucidar hechos aún disputados o en duda e intenta dejar huella de su originalidad de pensamiento y de indagación, separándose del juicio corriente: «a mi parecer», «a mi juicio», «según creo». Se sienta tranquilo y plácido, en apariencia, sobre el escaño profesoral, pero, en realidad estremece en su fuero interno, y desprecia a la comunidad de los compañeros en la enseñanza, pronto a clasificarlos como examinados y mecánicos absorbidos por oficios bajos, mientras a él le incumbe la grave misión de «modelar las estatuas de los genios creadores».

Pero más que modelar lo que hace es pintar al fresco, con abundancia de claroscuros y una pasión por los tintes fuertes, los

contrastes vivos y crudos—y no le desagrada que se considere romántica su crítica, como romántica era la crítica de De Sanctis, nutrida por un pensamiento tan distinto. Fantástico, no se le ocurría buscar efectos y estudia y alinea las fuertes oposiciones, instintivo como es y de la fuerza de los primitivos, insaciable por el relieve, por el color nítido y encendido.

A su obra se aplica el juicio que él hace de la crónica de Dino Compagni: «Toda la vida que tiene el libro en sus sentimientos opuestos está esculpida con mano segura en la piedra serena de una lengua clara y firme».

Sus héroes deberán vivir hasta y sobre todo por la imperiosa necesidad de vida que revela su propia obra y ofrecer aquellos contrastes que más lo entusiasman y apasionan para dar relieve a los cuadros que esboza y concluye. Necesidad de artista que lo absuelve de los compromisos de escrúpulo y de conciencia que asume lo histórico. En los océanos de escritos, de la literatura así entendida por la cual se esfuerza, verá que surgen como islas, además de los colosos y gigantes universalmente reconocidos, para servirle de modelo, esos únicos espíritus que podrán satisfacer sus ansias y tendencias artísticas. Magnífica a la primera Edad Media como exuberante de energía y de virtud creadora; pero ¿qué fija él de esa época en su «historia»? Parecería que no hubiera habido literatura. Y desciende a un terceto precursor de Dante en pocos años por el sólo placer de presentar a «tres enamorados»: «un fraile místico», «un caballero epicúreo» y «un burgués cínico». Quedarán dormidas otras figuras sobresalientes, no indignas de ser elegidas como ejemplares representativos. Dejemos que Papini se sumerja en las almas de los tres primeros, y luego de otros tres, y finalmente de tres más que aparecen al fin de la obra. Y antes deberá, para que el fresco se logre, ver la envoltura corpórea que cubre el alma y diseñar al hombre, el Adán que obra y sufre y goza, delira y se extasía, antes de desentrañar la obra, la única que importa en realidad—«l'homme, l'oeuvre»

—a la francesa, costumbre inveterada de Papini, que ya siguió cuando se abandonaba a Carducci, de no olvidarse jamás de señalar los reflejos autobiográficos en las obras de poesía e imaginación que acaricia y examina.

Si bien no afecta un sistema en los juicios, libérrimos y seleccionadísimos, sigue uno, el que le impone la práctica escrita adoptada y su prepotente personalidad. Y cuando, diríase inadvertidamente, se aparta de él y se lanza al foco de la creación, envolviéndola toda con su calor, se hace poeta y produce fragmentos característicos que son joyas. Y tienen luz poética las páginas más hermosas de esta odisea de los ilustres, dedicadas a Dante, a Petrarca, a Santa Catalina, tanta luz que ofusca a pesar de las extravagancias sombrías que se prodigan en todas partes por impulso natural. Pienso en la ironía romántica, deliberada, de los alemanes, que ponían su marca demoledora a todo producto férvido de la fantasía. Aquellos detalles externos sobre los cuales Papini se extiende y que lo llevan al descubrimiento de lo interior, parecerán vanos y superfluos a la mayoría. Y nos augurará que se perderá de mira el carnaval de los sentidos, la loca danza de la carne, el múltiple y único enamorar, las Monna Vannas, las Becchinas hambrientas y los ejércitos asediantes de mujeres perversas y mujeres buenas, y todas las atestaciones de riqueza y de pobreza, de avaricia y de pródigo conceder, de bondad o de maldad, y la naturaleza de las hijas y de los hijos (en Sacchetti se destaca que «dos varones y una mujer de él se conocen»), los incendios, los conflictos, los escándalos de familia, las suciedades que repugnan (sabemos de Cecco d'Ascoli que «hasta por disgusto de las mujeres quiere también probar lo masculino»). En verdad, ¿no se podrá llegar a lo celestial de la poesía y del arte sin pasar antes por el lodo o lo licencioso o vulgar terrenal? El episodio que ensucia, las digresiones que interrumpen con notas estridentes, la heroica sinfonía que es un himno a la creación de los sueños, nos alejan de aquella visión rápida y límpida a la cual



quería, no obstante, conducir al crítico espaciado en las alturas. Fastidia a veces un trozo de elocuencia, para explicar... ¿qué?: «Odia al padre porque no le dá dinero; odia a la madre porque no le dá dinero; odia a la mujer porque no le dá dinero; odia a Gino Zeppa porque sospecha que le quita el suyo; odia a Frecchina porque no se le entrega sin dinero; odia a Dante porque le ha empobrecido su torpe vida; odia al mundo entero porque él, Cecco, padece carestía de mujeres cálidas y de florines sonantes».

Una selección de lo bello mezclada así con una expresión de lo bajo y lo condenable entorpece a la obra nueva y desorienta. El sabio mentor abandona su puesto de guía. No sé para que sirve todo el alinear de versos pálidos, toscos o desaliñados y caducos para que se revele el genio verdadero de Jacophone de Todi y de Cecco d'Ascoli. Los pocos versos puros que se recuerdan no bastan para caracterizar al espíritu que, victorioso, triunfa y se impone a las generaciones. Cino da Pistoia, el dulce Cino no tiene trazos dignos de escultura, y es cedido a las historias de los mínimos. En compensación, surge en alto pedestal Cecco d'Ascoli, «el primer romántico de la literatura italiana», ensalzado por el constructor de su panteón de los ilustres, por las luces de felicidad expresiva, o vituperado como «loco mal nacido», «un guitarrista callejero que no resiste mucho». Y no es por contraponerse a De Sanctis por lo que Papini cierra el volumen con el perfil de Sacchetti, elevado al rango de los mayores y tácitamente dado como compañero de los «recolectores de chistes». La animosidad retorna y es afligente enigma. Es un loco ensorberbecimiento de creerse rugiente, escrutador de lo profundo frente al crítico que realmente tenía el vuelo y la vista del águila, y le acusa de no saber «mirar y ver». Lanza el desprecio sobre el «oráculo ochocentista», que «se abrigó en Sacchetti con aquella su precipitada suficiencia que le ha hecho decir tantas imbecilidades». Imagina las «oposiciones fundamentales» de dos mundos, del no-

velista mayor y del menor, por el gusto loco de golpear al «pensador esclavo», «que conoce bastante mejor el hegelianismo que el catolicismo», a quien no se le ocurrían semejantes distinciones. ¿Se equivocaba quizá De Sanctis al no imaginar «una alegría cínica» en Boccaccio pronto a fustigar a sacerdotes y frailes y santos hombres y al no sentenciar que el jocoso novelista fuese un «pagano escéptico» impulsado a desear «secretamente la ruina del cristianismo»? ¿Y deberán revelarse en realidad los secretos del arte al insistir sobre la pureza o la falta de fe, sobre el respeto o la ofensa a los Santos Eváγγελios y al oponer resueltamente el cristianismo al no cristiano?

Papini, poeta y escritor de tan delicado sentir, choca demasiadas veces con los juicios apocalípticos, agudiza los contrastes, refuerza los trazos e intenta resolver con relámpagos de palabra las vicisitudes complicadísimas del alma. Ni se da cuenta de algunas pequeñas contradicciones en ésta su discusión de dogmas y de fe. Dice de Dante (página 149): «No tiene nada del protestante; no vive a solas con Dios», y más tarde, al tratar de «De Monarchia», advierte en el poeta «un primer paso en el camino del protestantismo, que consiste justamente en la supresión de todo intermediario entre el hombre y la Divinidad».

A veces se sorprende a Papini fuera de su palestra agresiva, libre de toda preocupación polémica, estremecido con su propia vida, en la obra de sus elegidos, ansioso de que se entienda su fineza y claridad de penetración, el sentido por el arte excelso y la potencia de darle relieve y brillo con imágenes encendidas y la palabra en llamas. Y mucho más vivo se nos aparece aquí el Dante que en el precedente volumen dantesco: «Elegía y tragedia, idilio y epopeya, diambo y ditirambo, rechinar de dientes y coros celestiales, aullidos de cólera y explosiones de júbilo, todas las pasiones y voces de la tierra, todos los misterios y esplendores del cielo, todo lo que es de la carne, y todo lo que es del alma está reunido en concorde dis-



cordia, en este poema de palabra y de sangre, de lágrimas y de espíritu, que parece el desafío de una creación colosal a la miseria del lenguaje de los hombres. . . Este deseo de reducción de todos los actos y pensamientos, hasta los más opuestos, a la paz de la unidad, es uno de los caracteres del alma dantesca y una de las razones de su grandeza. . . el observador encantado de las hojitas recién nacidas todavía se olvida de la aureola terrestre para sumergirse en la corriente paradisiaca; el artista ,creador milagroso, confiesa en su último canto la impotencia de la palabra. . . Y él es una de esas almas donde todas las otras se encuentran y se reflejan, uno de aquellos maestros de la humanidad que tienen por pedestal una montaña y por auditores las generaciones de todo los pueblos: voces solemnes y sobrepujantes que gritan, al parecer, en los desiertos pero que son escuchadas hasta por los siglos futuros y en lo alto de los cielos». Emplea el mismo arte de los contrastes para caracterizar con singular eficacia a Santa Catalina: «Es un milagro perpetuo ver a esta mujer que enseña a los hombres a ser hombres, a esta desarmada que se dirige altivamente a los jefes de los ejércitos; a esta campesina que escribe de igual a igual a papas, príncipes y reinas; a esta pobre que nada posee y que no obstante mantiene una brigada entera de secuaces; a esta ignorante que aprendió a escribir a los treinta años y que no se cansa del enseñar la verdad de la fe y los misterios de los Evangelios a monjes, doctores, maestros de teología. La jovencita de Fontebranda, mal vestida y analfabeta, que Lapa desgarró y el padre castiga, poco a poco se eleva a dominar cielo y tierra. . . ordena al Sumo Pontífice.

No convencerá siempre esta obra extraña y llena de vida en su mundo de apasionada soledad, lejana de las «historias literarias» comunes que yo llamo herbarios y Papini «dormitorios públicos». Y tendrá mil defectos y estará concebida con algo de extravagancia: pero reaviva, estimula, enciende, mata el tedio, despierta chocando a las inteligencias perezosas, des-

cubre en las cerradas zonas terrenas trozos de cielo. En todas partes, hasta en las menos seguras, ofrece germen de ideas, distracción y placer. Por cierto que no rehusaremos a combatir otras obras que presumen una gran sapiencia y no saben plasmar vidas con el prestigio del arte.

LA ROSA EN EL HEMISFERIO. Poesías, por *Olga Acevedo*.—Editorial Nascimento. Santiago.

Algo extraño nos pasa con este nuevo libro de *Olga Acevedo*. Algo que no sabemos si es decepción o es desilusión; si es por el libro o es por nosotros. Tal vez sea por lo último, por lo que haya en nosotros de posible incomprensión.

Habíamos recordado siempre, con el mismo fervor con que los leímos hace algunos años, esos dos versos tan hermosos, de la más hermosa y sutil sugerencia, del *Arbol Solo*: «Una rosa de fuego cunde en mi seno izquierdo, hasta encender las últimas raíces de la ofrenda», y pensábamos ahora encontrarnos en esta *Rosa en el Hemisferio*, precisamente, con iguales aromas que nos embriagarán en igual fervor. Pero no los hemos encontrado. No nos hemos embriagado con otro sorbo lírico así tal.

Quizá haya en este volumen versos tan buenos técnicamente como los que hemos recordado; pero no los hay tan felices, de tan acertada expresión de belleza. Quizá los pétalos de esta *Rosa* sean más perfectos en general, más ricos de colores, con más relieve y opulencia; pero no tienen la inusitada unción de aquellos, la virtual belleza que se prolonga en emoción hasta nuestra sensibilidad. Es cierto que aquellos eran casi una excepción en el *Arbol Solo*, y cierto es que en este nuevo libro la calidad de toda su poesía es de una pareja superioridad.

Si en la obra anterior de *Olga Acevedo* anotamos alguna